

2º D.CUARESMA. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 17,1-9.

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta.

Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.

Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces tomó la palabra y dijo a Jesús:

-Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:

-Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y tocándolos les dijo:

-Levantaos, no temáis.

Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús solo.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

-No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos

CRISTO, LA LUZ DEL CAMINO

En este segundo Domingo de Cuaresma se proclama el Evangelio de **«la Transfiguración»**. Jesús lleva consigo a Pedro, Santiago y Juan a un monte y se revela ante ellos en toda su belleza de Hijo de Dios.

Quizás nos preguntemos: **«¿En qué consiste esa belleza?»** ¿Qué ven los discípulos? Lo que ven no es ningún efecto especial, simplemente **«ven la luz de la santidad de Dios resplandecer en el rostro y en los vestidos de Jesús»**, imagen perfecta del Padre. En Jesús se nos revela la majestad de Dios, la belleza de Dios.

Y como Dios es Amor, **«lo que los discípulos han visto con sus ojos es la belleza y el esplendor del Amor divino encarnado en Cristo»**. ¡Tuvieron un anticipo del paraíso! ¡Una gran sorpresa para los discípulos! ¡Habían tenido ante sus ojos el rostro del Amor y no se habían dado cuenta de lo hermoso que era! Solo ahora se dan cuenta y con inmensa alegría.

Jesús, en realidad, con esta experiencia los está formando, los está preparando para un paso todavía más importante. Poco después, en efecto, **«deberán saber reconocer en Él la misma belleza, cuando suba a la cruz y su rostro sea desfigurado»**.

A Pedro le cuesta entender. Le gustaría detener el tiempo, poner la escena en “pausa”, estar allí y alargar esta experiencia maravillosa, pero Jesús no lo permite. **«Su luz no se puede reducir a un momento mágico»**. Se convertiría en algo falso, artificial, que se disuelve en la niebla de los sentimientos pasajeros.

Al contrario, **«Cristo es la luz que orienta el camino»**, La belleza de Cristo **«no aparta a los discípulos de la realidad de la vida»**, sino que **«les da la fuerza para seguirlo»** hasta Jerusalén, hasta la Cruz. La belleza de Cristo **«no es alienante, te lleva siempre adelante»**. No hace que te escondas, **«¡sigue adelante!»**

Este Evangelio traza también para nosotros un camino. Nos enseña lo importante que es estar con Jesús, incluso cuando no es fácil entender todo lo que dice y lo que hace por nosotros. De hecho, **«estando con Él es como aprendemos a reconocer en su rostro la belleza luminosa del amor que se entrega, incluso cuando lleva las marcas de la cruz»**.

Y es en su escuela donde **«aprendemos a captar la misma belleza en los rostros de las personas que cada día caminan junto a nosotros»**: los familiares, los amigos,



los colegas, quienes en diversos modos cuidan de nosotros. **«¡Cuántos rostros luminosos, cuántas sonrisas, cuántas arrugas, cuántas lágrimas y cicatrices hablan de amor en torno a nosotros!»** Aprendamos a reconocerlos y a llenarnos el corazón con ellos.

Y después **«pongámonos en marcha»** para llevar también a los demás la luz que hemos recibido, **«entregándonos con más generosidad en las tareas cotidianas, amando, sirviendo y perdonando con más entusiasmo y disponibilidad»**. La

contemplación de las maravillas de Dios, la contemplación del rostro de Dios, de la cara del Señor, **«nos debe empujar al servicio a los demás»**.

Podemos preguntarnos: **«¿Sabemos reconocer la luz del amor de Dios en nuestra vida?»** **«¿La reconocemos con gratitud en los rostros de las personas que nos quieren?»** **«¿Buscamos en torno a nosotros las señales de esa luz?»** o **«¿preferimos los fuegos fatuos de los ídolos, que nos alienan?»** La gran luz del Señor o la luz falsa, artificial, de los ídolos. ¿Qué prefiero yo?

Que María, que ha custodiado en el corazón la luz de su Hijo, también en la oscuridad del Calvario, **«nos acompañe siempre en el camino del amor»**. ¡Buena y santa Cuaresma siguiendo las huellas de Jesús! ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

1 de marzo de 2026